

LA NUEVA ENSEÑANZA MILITAR. SENTIMIENTOS ANTE UN CAMBIO

Francisco DE PAULA ROMERO GARAT



ESEARÍA dejar claro desde el principio que el verdadero sentido de este artículo es meramente sentimental, aunque por sus comentarios finales pudiera entenderse como un artículo de opinión, una crítica; y estando en el medio donde me encuentro, como un artículo relacionado con temas profesionales. Sólo pretendo plasmar en este medio «familiar» para mí y para todos los que formamos esta institución, un senti-



Fachada principal del CHA.

miento profundo que yo estimo que es de pena, pero que podía cambiarse por cualquier otro sentimiento humano que caracteriza la falta de cercano.

Vivo al lado del CHA; creo que más cerca imposible. Desde mi ventana, donde tengo la mesa con mi ordenador y desde donde escribo este artículo, lo veo. Veo y casi toco el edificio de Nuestra Señora del Rosario, cuna antigua de formación básica y, en los últimos años, sede de la enseñanza primaria, de los jardines de infancia y guarderías, pero también de los «prepa». Y veo con añoranza sus muros de ladrillo rojo con grandes ventanales en cuyo interior, cuando era un joven estudiante, primero de lo que antiguamente se llamaba bachillerato y sus reválidas, posteriormente de COU y finalmente de preparación para la Escuela Naval Militar, utilizábamos su salón de actos para disfrutar del cine, y su campo de fútbol de tierra —que nosotros llamábamos la «bombonera»— como alternativa al más grandioso, de césped, del CIEF.

Los «prepa» de aquella época no estudiábamos en el Rosario; lo hacíamos en el edificio de Nuestra Señora del Carmen, al otro lado de Arturo Soria, donde pasábamos la mayoría del tiempo. Nuestras aulas y estudios, nuestros dormitorios y comedores, nuestro ocio, nuestras vivencias... estaban allí. Bueno, pasábamos mucho tiempo allí, pero también en lo que podríamos llamar nuestra sede social, el bar *Abel*, parte importante en nuestras vidas y sitio de referencia para muchísimas promociones de alumnos, pues se instauró como centro de reunión y opinión, además de lugar de consumo de innumerables tintos de verano y calimochos, lo que constituía una novedad progresista en aquella época, aunque la mayoría de las discusiones estaban relacionadas con las noticias del *Marca* o el *As* que previamente habíamos comprado en el kiosco de Castro.

Arturo Soria era, en aquella época, una estrecha y larguísima calle que corría entre pinos y barrizales y terminaba en las afueras de Madrid, allá por Manoteras, donde estaba la Marina (así llamaban los taxistas, por razones obvias, a la zona que hoy es el Pinar de Chamartín). Pero para ser un lugar de los suburbios, la vida en las proximidades del colegio, tanto los días lectivos como los fines de semana, era alegre y bulliciosa, asemejándose a un pacífico campus universitario americano, pues los españoles en aquellos tiempos eran casi revolucionarios, y lo que se llevaba eran las asambleas y las carreras perseguidos por los «grises».

Los alumnos de aquella época —no digo alumnas, porque en esa época el colegio y la inmensa mayoría de los colegios eran unisex— en que aún no existía Internet, ni *Tuenti* o *Facebook*, ni *Play Station*, ni tampoco el botellón, usábamos mucho más los exteriores, la calle. Nos relacionábamos de forma directa, persona a persona. Necesitábamos reunirnos, quedar; éramos menos exigentes, y en los días especiales o los fines de semana nos conformábamos con beber cañas y valdepeñas y, en ocasiones especiales, «macetas» compartidas de cerveza, cubata o leche de pantera; pero esto último era fuera del radio

de acción del colegio, cuando íbamos en busca de la aventura con el otro sexo. Eran otros tiempos. Todos los días hacíamos mucha vida en el colegio y en sus cercanías, y los fines de semana siempre empezábamos tomándonos algo en el Abel si era invierno, o en el bar de la piscina en verano; eran nuestros puntos de referencia, y aquello daba cierta vida a la zona.

Ya no existe el *Abel* ni el bar de la piscina es lo que era, pero es justo reconocer que a pesar de Internet y de la tendencia nocturna de nuestra juventud, la zona ha mantenido hasta la última primavera el mismo ambiente alegre y bullicioso de siempre, ambiente que continuaba propiciado sin lugar a dudas por los, y ahora sí, también las «prepas», junto a los/las mayores de bachillerato.

En la historia del CHA, los de preparación han sido siempre el espejo donde se han mirado los de bachillerato, y éstos a su vez lo eran de los de ESO, y así sucesivamente. Esto es, en definitiva, lo que siempre ha dado carácter al colegio, lo que ha servido como pañol de reserva esencial de la captación de los futuros oficiales de la Armada.

Como todos sabemos, el sistema de enseñanza militar de formación está cambiando ya en este año. Ya no existirán oposiciones ni hará falta preparación ni habrá «prepas». En la zona se siente un vacío, como si algo faltara, y eso me produce un sentimiento de pena y melancolía. Pena de ver los alrededores del colegio sin esa juventud alegre, yo diría que distinta, que formaba una base única y fundamental de captación para la Armada: nuestros hijos y familiares, la tradición... Me da pena ver el colegio vacío y cerrado después de tantos años. Y melancolía por el recuerdo de un modelo que ha servido para aportar los porcentajes más altos de alumnos a la Escuela Naval Militar.

El CHA se ha quedado sin su referencia esencial, yo diría que es como si le hubieran amputado algo de su ideario pues, aunque continuará con su papel fundamental como centro de formación escolar de los huérfanos e hijos y familiares de los miembros de la Armada, se ha quedado descabezado de ese sello que imprimía carácter y le daba algo esencial y distinto respecto a otros colegios, que era el que los alumnos pudieran tener en el mismo centro un modelo donde poder referenciarse y reflejarse.

No puedo adivinar el futuro para saber si la nueva enseñanza será mejor o peor que la actual. Tengo mi opinión, lógicamente, como todo el mundo, como también la tengo sobre los criterios de Bolonia, que han supuesto una revolución para la universidad y para nosotros mismos. Pero es muy posible que desconozca algunos aspectos importantes sobre el proceso, por lo que cualquier opinión puede ser muy arriesgada y sin la suficiente base. Por eso, como decía al principio, lo único que he pretendido es plasmar mis sentimientos ante el cambio y, de paso, exponer también una preocupación, que pudiera ser compartida por otros oficiales, sobre lo que este proceso pudiera afectar al futuro inmediato de nuestra Armada. Me preocupa, y mucho, que no se cubran las expectativas de captación al no existir ya una referencia en bachillerato,

como existía en el CHA con los de preparación, que «producía» los porcentajes más altos de aspirantes.

Y aun en caso de que me equivocara, me preocupa también que muchos de los nuevos alumnos que entren a partir de ahora en la Escuela Naval Militar no tengan esa referencia e ingresen como completos desconocedores de la vida militar y naval. Que se den de bruces con un régimen, que si siempre fue duro ahora lo será mucho más, pues a la exigente y necesaria formación militar dirigida por nuestros oficiales se unirá ahora una formación universitaria compleja dirigida por los catedráticos civiles de la universidad asociada.

Ojalá me equivoque y que sólo sea una preocupación; pero sé que es compartida por muchos compañeros. Creo que sería erróneo ofrecer como el mayor atractivo de nuestra carrera la obtención de un título académico «civil», pues la titulación fundamental que estimo debieran tener los oficiales de nuestras Fuerzas Armadas es la de *militar*; además, la de *marino* los de la Armada. Lo otro debiera ser titulación complementaria, y no al contrario como parece.

